



EL REY DE BURLAS.

POR JESÚS URUETA.

Han aparecido por fin en escena los enterradores oficiales. El señor ingeniero don Ignacio Bonillas es la víctima elegida, y lo llevan, coronado de litúrgicos lirios, al sacrificio demoerático. ¿Pero esto es un cortejo funeral o una mojiganga carnavalesca? ¡Cantan ditirambos o claman misereres? Es una burla demasiado seria. Al señor Bonillas no se le ve bien la cara, y no acertamos a saber si va resignado, contento, triste o rabioso en ese solio que parece féretro o en ese féretro que parece solio. Dios sabe lo que pensará de esta conmovedora y conmovida admiración tan intempestiva, tan milagrosa, de gentes que hace poco no se curaban de que existiese sobre el mísero planeta. Las multitudes, poseídas del entusiasmo, son irresistibles: como el águila de Júpiter, sujetan entre sus garras al divino Ganimedes y hienden el espacio con el vuelo solemne y glorioso de sus alas omnipotentes. ¡En medio de su estupefacción, se dará cuenta el señor Bonillas del DIABOLISMO de esta insólita aventura jamás imaginada por el más sutil enredador de ficciones! Hasta el mismísimo Sancho Panza, cuan-

den en la concordia, en la disciplina, en la docilidad; digo mal, se funden en la dependencia; sigo diciendo mal, se funden en el servilismo; no, tampoco, se funden en el amor; eso es, ¡en el amor! Son los retratos inconfundibles del pincel ministerial de Egurrola Berlanga, hábil como pocos en la pintura de esos seres de que habla Campoamor “de piernas genuflexivas, de frente serena, de ojos dulces y de orejas gachas”. ¡Y le hablan a la Nación! Su patriotismo los inspira y los rige en el camino del deber, y con la voz llena de congojas y de melindres expresan sus temores y sus esperanzas, levantan con sus convulsas manos al ingeniero Bonillas sobre la muchedumbre anhelante, aclamándolo como el salvador de la Patria, y en sagrada procesión caminan impávidos al ridículo. ¡No es esto risible? ¡No es esto fúnebre?

“El Partido Nacional Democrático”—dicen—“no es de tendencias antimilitaristas en el sentido común y frecuente de la palabra”, pues los miembros del grupo organizador se sienten orgullosos “de la honradez, arrojo, abnegación y patriotismo de los invictos ciudadanos, etc., etc.”, y a manos llenas arrojan sobre Obregón y don Pablo todas las flores de trapo que guardaban los más recónditos cajones de los más vetustos muebles de la Universidad. Pero la lucha política entre estos dos “ciudadanos armados”, a quienes tanto admirán y cuyos méritos elevan al último cielo en desconcertantes hipérboles, puede ser fatal para el país, porque “habrán de combatirse hasta el último extremo para alcanzar la deseada victoria”, o porque con las deficiencias de la legislación electoral “siempre habrá manera de fundar

el descontento del partido que no obtenga el triunfo en los comicios, pudiendo apelar a las armas con el pretexto de que se ha burlado el voto del pueblo o de que no hay certidumbre sobre la persona que fué electa Presidente". Así, pues, "se hace de todo punto necesaria la eliminación por esta vez de todos los candidatos que tengan o hayan tenido el carácter de militares". Esto es hablar claro; lo demás es metafísica. A eliminarlos, pues. ¡Y cómo! ¡Oh! muy fácilmente: ¡que se eliminén ellos! "Don Alvaro Obregón y don Pablo González, que tantas pruebas han dado de patriotismo en los últimos años, y de quienes, por consiguiente, esperamos que, oyendo AL CABO la voz del pueblo, suspenderán sus propios trabajos electorales, aplazando sus respectivas candidaturas para otro período y vendrán a secundar, con el valioso contingente de sus personas y de sus amigos (¡y de su dinero no? ¡por qué no acaban de pedir?) los trabajos de esta nueva candidatura en favor del señor ingeniero don Ignacio Bonillas..." ¡Eureka! oh, genio! así se llega a la inmortalidad. Es el chorro de luz de los ojos de Apolo. ¡Qué podrán objetar don Alvaro y don Pablo si son tratados con tanto comedimiento, con tanto tacto, con tanta diplomacia? Y por si algo objetaren, allá va la respuesta, graciosa y discreta, como las quiere Cervantes: "Por lo demás, los señores generales don Alvaro Obregón y don Pablo González ESTAN AUN EN LA MITAD DE LA VIDA y como ha quedado establecido el principio de no reelección, sellado con la sangre mexicana... (aquí la trapería retórica), nada podrá justificar ante la conciencia pública la impaciencia de ambos

distinguidos caudillos militares para escalar el poder...” En la mente de los “TERCERISTAS” brilló y cantó el terceto inmortal:

“Nel mezzo del cammin di nostra vita...”

Contundente, aplastante. El ejemplo del gran florentino no sólo convence, fascina: tuvo que recorrer los círculos todos del Infierno y pasar luego un buen rato en el Purgatorio antes de llegar al Paraíso. Y estaba, como don Alvaro y don Pablo, en la mitad de la vida. Y si la sublimidad del ejemplo le resta fuerza aplicado a nuestra flaca humanidad, ¡no os sentiréis vencidos, ¡oh, caudillos impacientes!, ante la resignada actitud de Aguirre Berlanga, que, como el Dante, sufre y espera?

Y para rematar el argumento, para que don Alvaro y don Pablo se vuelvan a “la selva oscura”, entre las flores de trapo va una tarántula viva, universitaria también: “los señores Obregón y González y sus respectivos partidarios asumirán EXCLUSIVAMENTE la responsabilidad de lo que pueda ocurrir con motivo de la próxima lucha electoral”. Al llegar aquí, levanto los ojos, miro a los “TERCERISTAS” y me pongo a considerar, sin poder remediarlo, la magnitud de sus orejas. ¡Vaya un lavado de manos! Pilatos se las lavó después; ellos son más puleros y más previsores, se las lavan desde antes. ¡De manera que si no los dejan hacer en paz su farsa electoral, una terrible responsabilidad pesará exclusivamente sobre los que no quieren ser farsantes! Estupendo. ¡Con qué derecho se les ha de impedir que violen el voto? Violémoslo todos

y habrá paz. Incomparable. Con todo el aparato ministerial y burocrático, estos “estupradores de inocencias electorales” usarán, en vez de urnas, cubiletes con polvos de la Madre Celestina: las boletas que entren en esos cubiletes caen en un abismo tan insondable como la nada, y las que de ellos se sacan por el prestidigitador oficial tienen una cualidad tan filtrativa que se introducen por debajo de la mesa. Por eso con la mayor frescura del mundo exhortan al pueblo, “a fin de que, llegado el momento de la elección, alcance el señor Bonillas un número de votos TAN SUPERIOR a los otros candidatos, que haga patente su triunfo e imposibles las discusiones posteriores”. Decididamente, creen que todos tenemos las orejas del mismo tamaño.

Dice Miguel de Unamuno, comentando la graciosa aventura del titeretero Maese Pedro con el retablo de la libertad de Melisendra: “Hay una gavilla suelta de faranduleros que llevan prendido en la boca el amomiado credo, herencia de sus bisabuelos... Y esa gavilla de farsantes ha declarado cursilería todo lo que es pasión y arranque y brío, y de mal gusto los tajos y mandobles a las titereras y los guiñoles todos que tienen armados. Y cuando esos mamarrachos, alcornoques secos y vacíos, digan y repitan la gran sandez de “lo cortés no quita a lo valiente”, salgámosles a la cara y digámosles en ella y en sus barbas, si las tuvieran, que lo cortés quita a lo valiente, y que el verdadero valor, el valor quijotesco, puede, suele y debe consistir muchas veces en atropellar toda cortesía... Sobre todo con los Maese Pedros que viven de retablos... ¡Muera toda farándula, toda ficción sancionada!”

Las cuchilladas de Don Quijote son terribles: no expongáis al señor Bonillas a ser descabezado, como lo fué el Rey Marsilio de Zaragoza, en el delicioso cuento de Cervantes—por ser Rey de Burlas.